

tros días que un Dios débil y sin fuerza, que llora inconsolable tu depravacion y tu pérdida, sin tener poder para remediarte? ¿Es posible que este Dios santo y fiel, cuyas palabras eran siempre oráculos verdaderos é indubitables, cuyas promesas se cumplieran siempre con prodigios y maravillas estupendas, no sea mas hoy que un Dios impostor que ha engañado á su pueblo, alimentándole por tantos siglos con la ilusion y la mentira? ¿Es posible, ó pueblo israelítico, que aquel Dios sapientísimo, que todo lo ve, todo lo conoce, y que penetra con su vista hasta lo mas oculto de los corazones humanos, no es hoy mas que un Dios estúpido y necio, que emplea las cuatro primeras horas del dia en estudiar la ley, para comprender su inteligencia? Ó prodigio de extravagancia y de ceguedad! Pobre razon humana, reconóctete. Cuando te ilumina la revelacion, marchas con rectitud por el camino verdadero y honesto; cuando la revelacion te abandona, nada hay en ti mas que tinieblas, extravíos y errores. Contempla las extravagancias del idólatra, las torpezas del musulman, la terquedad del hereje y la obstinacion del hebreo: contéplalo, y hallarás la verdadera, y únicamente verdadera Religion en el católico, apostólico, romano. Sola ella posee esta doctrina santa é inmaculada en sus dogmas, en su culto y en su moral. Sola ella arroja de sí, á la manera del mar Océano, todo lo extraño, todo lo impuro, quedando siempre incorruptible: *Lex Domini immaculata*.

Pero, cristianos míos, ¿con qué virtudes honramos una Religion tan santa? Ay! con qué vicios no la deshonramos? ¿Qué idea podrian tomar de nuestra Religion, si se juzgase por las costumbres de innumerables cristianos? ¿Creerian que era una religion de amor aquella en que tantas enemistades se advierten, tantas disensiones se presentan, tantos odios se perpetúan entre padres é hijos, hermanos y hermanas, maridos y mujeres, criados y amos, vecinos y vecinos? ¿Creerán ser una religion de equidad, rectitud y justicia, en la que se ven tantos fraudes, engaños, usuras, simonías, hurtos, traiciones é injusticias? ¿una religion de templanza y de modestia, en la que se advierten tantos excesos en las mesas, tanto lujo en los vestidos, tanta superfluidad y preciosidad en los muebles, cuando están clamando al cielo las deudas atrasadas, los lugares deteriorados, y sin pagar el salario de los criados, artesanos y jornaleros? ¿una religion de compasion y caridad, en la que hier-

ven tantas envidias, se escuchan tan malignas murmuraciones, y se mira con tanta indiferencia y frialdad á los necesitados? ¿una religion de desinterés y abnegacion, con tan ambiciosas pretensiones, con una ansia insaciable de riquezas y una detestable avaricia en conservarlas, sin utilidad del que las posee? ¿Cómo compondremos una religion que modera las pasiones, que refrena los desordenados apetitos, con tanta sensualidad, tanta inmodestia, tanto libertinaje en los que dicen que la observan? Ay Dios! ¿de qué nos sirve vivir en medio de la luz, si somos hijos de las tinieblas? Nínive, Babilonia, Esparta, Grecia, nos confundirán en el juicio de Dios. ¿Guardamos tanto respeto en nuestros templos, como los turcos en sus mezquitas? ¿observamos como los protestantes los días festivos? ¿ignoramos tantos vicios, como ignoraron los idólatras? ¿tenemos tantas virtudes morales, como muchos de ellos tuvieron? Ay de nosotros! Nuestros vicios deshonran la Religion santa que profesamos; pero no la alteran, no la manchan, no la corrompen. Á la manera que el sol pasa siempre sus rayos puros y su luz brillante sobre las lagunas cenagosas y los vapores infectos, sin contaminarse jamas, así nuestra santa Religion siempre reprueba, siempre condena nuestros vicios y nuestros desórdenes, quedándose siempre pura é inmaculada: *Lex Domini immaculata*. Tenemos pues el primer carácter de divinidad en la Religion católica, que es la pureza de su doctrina. Veamos si tiene el carácter de perpetuidad, que es la materia de la

SEGUNDA PARTE.

Es menester confesar como una verdad indisputable, que la verdadera Religion debe haber tenido principio con el mundo, y durar hasta el fin y consumacion de los siglos. Si no abrazase todos los tiempos, habria habido algunos en que Dios no tuviese culto legítimo en la tierra, ni el hombre medios para honrar á su Dios y llegar á su fin. Dios en aquel tiempo habria exigido de los hombres un imposible, como seria pedir al hombre un culto sin religion que le prescribiese. Esto seria querer Dios un fin, y no querer los medios; lo que evidentemente repugna á la sabiduria y santidad de Dios. Este carácter de divinidad, en la perpetuidad de su duracion, brilla en nuestra santa Religion católica, y la distingue de todas las demas.

Sí, amados cristianos míos, la Religión que profesamos, comenzó con Adán, siguió en Abel y en los primeros patriarcas antediluvianos. Dios mismo les hablaba y confirmaba sus oráculos por los testimonios más auténticos é indubitables. En los primeros dos mil años hasta el diluvio, ella fué la única religión de todas las familias y pueblos que componían el género humano. Dios, que en las santas Escrituras se queja de la corrupción de sus corazones, no se lamenta de la prevaricación de su fe. No podemos dudar que fué la infidelidad de sus costumbres, y no la infidelidad de su creencia, la que castigó la tierra con el más formidable de los azotes del cielo, que fué el diluvio: *Omnis quippe caro corruerat viam suam*. La Religión que profesamos, se conservó en Noé y su familia después del diluvio, y se propagó por el mundo en la dispersión de las gentes, pues todas entonces por una tradición nunca interrumpida llevaron consigo la creencia de una revelación, el conocimiento de una ley divina, la persuasión de un pecado original, la esperanza de un Redentor, la obligación y la costumbre de un sacrificio. Á esto se reducía entonces toda la Religión, y ella bastaba y hubiera sido suficiente hasta la venida del Mesías, como lo fué para Noé, para Lot, para Job, para Melchisedech y otros varios. La Religión que profesamos, quiso Dios renovarla con solemnidad en tiempo de Moisés sobre el monte Sinaí, dando la ley escrita en dos tablas de piedra que el mismo Moisés bajó del monte, lleno de gloria y majestad. No se hizo esta publicación á algunos particulares, sino á todo un pueblo, á una grande nación compuesta de millones de personas. Todo Israel veía los milagros sensibles, palpables, permanentes, que confirmaban la palabra del Señor: todo Israel estaba encargado por orden de Dios de ser el depositario de esta revelación, como había sido el testigo: en todo Israel se perpetuó esta santa Religión con los descendientes de Abraham, Isaac y Jacob. Una serie ilustre de profetas destina el cielo para recordar á Israel sus obligaciones, para aterrarle con amenazas y moverle con recompensas. La Religión se conserva en los tiempos de la gloria de Israel y en los de su aflicción. En Jerusalem, centro de la tierra prometida, y en los bellos días de la república ó monarquía hebrea se conservó, como en Babilonia, en Nínive y en Egipto en los de su trabajoso cautiverio. La Religión que profesamos, apareció en todo su esplendor en los días de Jesu-

cristo. Este amable Redentor por tan largo tiempo prometido, tan ardientemente deseado, viene al mundo: las figuras ceden á la realidad; la ley antigua, según sus mismos oráculos, cede el lugar á la ley evangélica. Prodigios sin número, obrados en Judea y repetidos en todas las naciones, anuncian de nuevo que ella es obra del cielo: doce pobres apóstoles, sin armas ni aparato faustoso, la comunican con la rapidez del relámpago, y la establecen en el universo. Á los apóstoles suceden los santos Padres; á estos siguen nuevos discípulos, nuevos ministros, nuevos pontífices, que por una brillante y nunca interrumpida serie, nos la presentan á nosotros. Esta Religión, sea que se la mire perseguida ó triunfante, humillada ó victoriosa, siempre se la ve la misma, siempre una, siempre permanente. Semejante á un peñasco enorme en medio de las aguas, ve acabar las tempestades que la combatían, con la misma estabilidad que en la más inalterable calma. Semejante al sol, no reparte sobre todos los climas la misma luz, ni el calor mismo; pero en todos se deja percibir lo bastante su calor y su luz, para que puedan conocerla y abrazarla; y en todos se la abrazaría, si se diese á la verdad, como era justo, más imperio sobre nuestros corazones, que á la mentira que nos adula y engaña.

Estable y permanente la Religión de los apóstoles y profetas participa de la inmutabilidad de Dios: el tiempo, que todo lo destruye, en nada la perjudica. La escena del universo ha mudado sus decoraciones innumerables veces: se han visto ciudades destruidas y ocultas bajo las yerbas del campo; imperios trastornados y puestos en olvido; montañas calcinadas y arrancadas de su asiento; fuentes y ríos que se han secado; fértiles campiñas sumergidas y convertidas en lagos; fondos de mar transformados en áridos desiertos: la Religión sola es la que no ha experimentado alteraciones ni mudanzas. Los misterios que creemos, son los mismos que se han anunciado y creído en los pasados siglos: la ley que regula nuestras costumbres, es la misma que en los primeros días del mundo fué grabada en los corazones de los hombres: la misma que se publicó después sobre el monte Sinaí, escrita por Dios en las dos tablas de piedra: el Redentor que nosotros adoramos, es el mismo Redentor que esperaron los patriarcas, que profetizaron los profetas, y que desearon ver los siglos: el sacrificio que ofrecemos, es el mismo sacrificio que nos representaron los sacrificios de Abel, Mel-

chisedech, Abrahan, y los holocaustos de los hijos de Aaron: los sacramentos que producen en nosotros las gracias, son los mismos sacramentos figurados en los de la ley antigua, que nos los representaban. Dios ha mudado los signos y las ceremonias, segun que la cosa significada era pasada, presente ó futura; pero en el fondo y en la sustancia la Religion siempre es la misma. La única variacion que se le puede hallar es la mayor luz, la mayor explicacion de una verdad, más ó ménos oscura, segun que las circunstancias de los tiempos lo pedian. La Religion pues de las primeras edades llegó hasta el nacimiento del Redentor, que no vino para dispensarla, sino para cumplirla y mandar su observancia; y la Religion que dejó establecida con su ejemplo y su doctrina, es la misma que ha llegado hasta nosotros, y que se perpetuará hasta el fin y consumacion de los siglos.

Esta Religion, siempre permanente, ve presentarse y desaparecer delante de sí todas las generaciones, todos los gobiernos, todas las supersticiones, todas las sectas, todas las persecuciones. Ella es la Religion de los patriarcas de los mas remotos siglos, de los profetas que vieron arruinarse delante de ella las fabulosas divinidades de Egipto, Babilonia, Nínive y Persépolis; de los apóstoles, que en medio de las mas violentas persecuciones arruinaron los vanos templos de los dioses de la Grecia, de la Asia, de la Africa, de la Italia y de los bárbaros del Norte; de los discípulos y sucesores de los apóstoles, que con trabajos inmensos, atravesando los mares, abatieron las pagodas y los ídolos de la una y otra India, plantando en tan remotos países el estandarte de la cruz, y estableciendo el culto del verdadero Dios sobre las ruínas del que aquellos feroces habitantes daban á los demonios. Semejante á los cedros del Líbano, las tempestades y uracanes la afirman y robustecen. Si el cisma, si la heregía, el escándalo y el libertinaje disminuyen su imperio en una parte, ella le recobra con grandes ventajas en otras. ¿Podremos desconocer en estas señales á la Religion cristiana? podremos negar ser obra de Dios? Ay! las obras de los hombres son perecederas como los mismos que las fabricaron; solo vuestras obras, ó gran Dios! son estables y permanentes como vos lo sois. Nacida mi santa Religion con los primeros hombres, confirmada por los profetas, perfeccionada por Jesucristo Dios y hombre verdadero, sellada con un

prodigioso número de milagros patentes, públicos é incontables, predicada por los apóstoles, atestiguada por millones de mártires, perpetuada por los discípulos y sucesores de los apóstoles, cuenta en su duracion todos los siglos desde el principio del mundo hasta nuestros dias, y contará inalterable los que restan hasta el fin y consumacion del universo.

¿Qué otra religion, amados cristianos míos, hallaréis fuera de la vuestra, marcada con el sello de la perpetuidad? ¿Será la religion del ídólatra, tan absurda y extravagante, tan torpe y tan cruel, que no se conoció en el mundo por mas de dos mil años despues de su creacion? ¿será la de los mahometanos, de la que ninguna idea se tenia en el mundo hasta el séptimo siglo de la era cristiana? ¿será la de los luteranos, calvinistas y demas ramas de estas envenenadas raíces, que aún no cuentan tres siglos de duracion? ¿será la de los cismáticos, cuya existencia es tan moderna? ¿será por fin la religion del judío? ¡Ó casa de Israel, qué oscura y prolongada noche ha sucedido á aquellas luces de tu antiguo esplendor! Qué has hecho? ¿qué pecado has cometido, para que tu magnífico templo ya no exista, y tus altares, tus sacrificios y tus profetas hayan desaparecido? El horrendo crimen de tu idolatría fué castigado con setenta años de destierro. ¿Qué has hecho, para que seas el oprobio y execracion de las naciones por mas de diez y ocho siglos? ¿cómo el omnipotente, que te defendió con prodigios y maravillas, ahora te abandona? ¿cómo al carácter de tu divinidad ha sucedido un carácter de reprobacion? Tú pediste la maldicion, y ha venido sobre ti; no quisiste la bendicion, y se apartó de ti. Fuiste oída, ó casa de Israel, en tu sacrilega oracion: *Sanguis ejus super nos, et super filios nostros*. No lo dudemos, solamente la Religion católica es la que muestra su divinidad por su perpetua permanencia.

Pero, cristianos, ¿estamos seguros de que no perderemos esta Religion divina, santa y perpetua? ¿podrá suceder que se nos quite este reino de Dios, y se traspase á otras naciones? Ó Dios! yo sé que el infierno no prevalecerá contra ella, pero puede prevalecer contra nosotros. La Religion no perecerá, porque el Señor Dios la ha prometido una estabilidad perpetua; pero puede perecer en nosotros en castigo de nuestras infidelidades. Sí, cristianos: temblemos nosotros, y pidamos á Dios que ilumine á los incrédulos para que crean al Señor,

cuando nos dice : *Auferetur à vobis regnum Dei, et dabitur genti facienti fructus ejus.* Pero ¿por qué causas se viene á perder la Religion? Escuchádlas, y temblemos, vuelvo á decir tercera vez. El desórden de las costumbres y el libertinaje en el pensar hacen perder la santa Religion. De la corrupcion del corazon se levantan las nubes que ofuscan el espíritu; y mientras el corazon no se vicia, permanece el espíritu religioso. Las pasiones desenfrenadas con el desórden, tratan de asaltar las trincheras que la Religion las opone, que la conciencia las presenta, y cuya integridad reclaman la razon y la fe. Para llegar á ser impío, es menester empezar por ser vicioso. Ved cómo se pierde la Religion. Tambien se pierde por la leccion de los libros impíos y libertinos. Al principio se leen por curiosidad y por pasatiempo, y la ponzoña diestramente preparada va comunicándose á la sombra de la ignorancia y la pasion del que la toma: el escritor astuto enreda con principios capciosos el entendimiento de sus lectores oscurecido con los vicios; no le permite discernir la mentira y la verdad, porque todo se le presenta envuelto con el velo de la ilusion; y ya desde entonces caminan las pasiones de acuerdo con el espíritu, y siguen el error y la impiedad que las conviene establecer: familiarizados con estas obras de tinieblas, siguen sin mas exámen sus principios, se preconizan con entusiasmo, se reparten y comunican, y se hacen maestros del error los que deberian ser discípulos de la verdad. Se principia por la curiosidad y presuncion, se continúa por la temeridad, y se acaba por el abandono de la Religion. Por qué mas medios se pierde esta luz divina? Por la omision de los ejercicios santos que la misma Religion prescribe. Se hallan muchos cristianos que lo son solo en el nombre: sus obras nos lo demuestran. Consagrar al Señor el principio y fin de cada dia por la oracion, asistir cuando deben al adorable sacrificio de la misa con modestia y devocion, recibir con frecuencia los santos sacramentos, observar los preceptos de la Iglesia, mortificar la carne con asperezas, vivir con un espíritu de penitencia, de desprendimiento y de pureza; acostumbrarse á la leccion de libros edificantes, huir los teatros, las malas compañías, las ocasiones peligrosas y la ociosidad; nada de esto se les ve en su conducta, todo es para ellos desconocido. De este criminal letargo nace el olvido de las verdades eternas, la indiferencia con que miran su salva-

cion, la ceguedad de su espíritu, el menosprecio de las gracias, el disgusto de Dios y el abandono de la Religion. Ved, amados cristianos míos, cómo se empieza por abandonar las obligaciones de la Religion, y se acaba perdiendo la Religion misma. Ved cómo se pierde, ved cómo la han perdido muchos que han vivido en nuestros dias, y ved cómo la podemos perder tambien nosotros.

No lo permitáis, gran Dios! Hacéd que esta Religion santa que heredámos felizmente de nuestros padres, la conservemos y trasmitamos pura á nuestros sucesores. Ellos padecieron por sostenerla, tribulaciones y combates terribísimos. Nuestra España está abundantemente regada con la sangre de innumerables mártires, que ahora os bendicen y alaban eternamente en el cielo. Trasmitid de padres á hijos esta preciosa herencia, sin que jamas se interrumpa. Castigad nuestros pecados con todos los azotes que vuestra soberana justicia dispusiere; pero no dejéis de iluminar los ojos de nuestra alma con la santa luz de la fe, para que no duerman abismados en la incredulidad: conociendo con ella nuestras culpas, las detestaremos, las lloraremos, y vos, Padre de las misericordias, nos perdonaréis. Concedéd tambien esta gracia á los que viven de asiento, por ignorancia ó malicia, en las tinieblas del pecado, para que ellos y nosotros cantemos eternamente vuestras misericordias en el cielo. Amen.